

Literatura: el fracaso de una política cultural

JON JUARISTI*

EN lo que se refiere a ese territorio que se designa con el equívoco marbete de «cultura», la descentralización ha producido en España efectos similares a los ya de sobra conocidos en otros países que sufrieron un proceso más temprano de regionalización. Es perfectamente trasladable a nuestro caso, por ejemplo, lo que Alberto Arbasino observa a propósito de Italia: «Las múltiples iniciativas culturales locales suponen un notable desahogo para las aspiraciones de los *pequeños intelectuales*. El sistema está muy descentralizado y las administraciones regionales, provinciales y municipales, así como numerosas entidades, cuentan con medios suficientes para gastar en actividades que a menudo coinciden». Esta nueva categoría social postulada por Arbasino (indudablemente, calcada sobre el concepto más inasible de *pequeña burguesía*) corresponde a un sector que, en el País Vasco, no ha dejado de crecer durante esta última década, con unos incrementos casi exponenciales respecto al período del tardofranquismo. En ello han influido factores muy diversos, aunque haya tenido una importancia fundamental la puesta en marcha de una «fábrica de intelectuales», la Universidad del País Vasco. Si tenemos en cuenta que ésta ha producido oleadas masivas de licenciados en una época de recesión económica, de estrechamiento del mercado de trabajo y de crisis política permanente, se entenderá que muchos de quienes han salido de sus aulas hayan engrosado las filas del nacionalismo radical. Nos encontramos ante un caso similar al de todas las *intelligentsias* populistas. Ahora bien, el sistema no ha podido integrar a estos sectores en la misma medida que en Italia, donde, según la descarnada y casi cínica apostilla de Arbasino, «nutridos grupos de terroristas potenciales se convirtieron inmediatamente en cooperativas de actores, programadores de ciclos cinematográficos de películas antiguas y bailes posmodernos bajo la dirección de políticos-burócratas elegidos por los distintos partidos»¹. El gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca, en manos de un partido carente por completo de proyectos culturales, se ha limitado a financiar asociaciones, editoriales y publicaciones que, en buena parte, están bajo el control de grupos ostensiblemente vinculados al nacionalismo antidemocrático. No es que sus propuestas sean más interesantes y atractivas que las de otras entidades. Nada de eso: por lo general, se reducen al motivo obsesionante y monocorde de la euskerización. Pero el Partido Nacionalista Vasco ha sido más sensi-

* Bilbao, 1951. Profesor titular interino de la Universidad del País Vasco.

¹ Alberto ARBASINO, «Intelectuales y régimen de poder», *El País*, 26 de noviembre de 1987.

ble a las demandas de aquellos sectores que muestran actitudes intimidatorias que a las de quienes siguen las vías establecidas por la ley. En esto, como en otras muchas cosas, es más eficaz para conseguir una subvención apedrear el Parlamento de Vitoria o tomar al asalto un local del Gobierno Vasco que cumplir los trámites publicados en el Boletín Oficial. Lo peor de todo, sin embargo, es que el vacío de ideas del partido gobernante se ha llenado a menudo con los tópicos maximalistas de los radicales. No hace mucho aún, el Consejero de Cultura y Turismo del Gobierno Vasco, el peneuvista Joseba Arregui, declaraba en sendos diarios de Bilbao y San Sebastián que, de no poder expresarse en euskera, optaría probablemente por una lengua que no fuese el español. Actitudes como éstas son perfectamente respetables —aunque no por ello menos absurdas— si quienes las mantienen son ciudadanos corrientes y molientes, pero revelan un prejuicio inadmisibles en el responsable de la política cultural de una comunidad donde los hispanohablantes son mayoría. El *apartheid* nacionalista, demasiado claro ya en el ámbito de la función pública, se ha reflejado también en el trato discriminatorio que han recibido de la administración los sectores culturales «desafectos». Hay que reconocer que esta situación ha comenzado a cambiar desde la formación del gobierno bipartito PNV-PSOE. También es verdad que algunos líderes y cargos públicos nacionalistas se esfuerzan en promover un modelo más abierto y adecuado a la pluralidad constitutiva del hecho cultural vasco. Este ha sido el caso del anterior alcalde de Bilbao, que impulsó una serie de iniciativas conciliadoras y rehusó sensatamente contribuir a confrontaciones folklóricas entre lo vasco y lo español. Su sensatez parece haberse transmitido a su sucesor, aunque todavía es pronto para emitir un juicio definitivo. No obstante, ésta no ha sido la pauta general seguida por los dirigentes nacionalistas: se anuncia ahora, y es sólo un ejemplo entre otros posibles, el cierre de *Arbola*, la revista cultural de la Diputación vizcaína. Su director había conseguido convertirla en una de las publicaciones más dinámicas y pluralistas del país, dando cabida en sus páginas a colaboraciones de escritores de las más diversas ideologías, tanto en español como en euskera. La experiencia, según parece, no ha sido enteramente del agrado de los diputados del PNV.

Si a una gestión oficial de la cultura orientada exclusivamente, o casi exclusivamente, a la promoción del euskera, se añade la ausencia de editoriales capaces de competir en el mercado del libro con las empresas de Barcelona o Madrid, no será de extrañar que la literatura vasca en español se encuentre hoy en un estado preagónico. La única salida para el escritor vasco sigue siendo la preconizada en su día por Baroja: irse a Madrid y ponerse a la cola. Quien, superando todo tipo de obstáculos, consiga publicar en el País Vasco, constatará de inmediato la inanidad de sus esfuerzos. Escribir aquí no es llorar, pero editar un libro en Euskadi es enterrarlo. La impresión de los textos es defectuosa, y me quedo corto. De la distribución, para qué hablar: resulta milagroso encontrar en las librerías de Bilbao, San Sebastián o Vitoria un libro publicado en alguna de estas ciudades. Con todo, y dentro del marasmo general en que ha sucumbido la sociedad literaria durante la transi-

ción a la democracia, pueden atisbarse todavía algunos motivos de esperanza: la lucha ejemplar y casi desesperada de algunas pequeñas editoriales por mantener sus colecciones literarias en español, y la persistente labor creativa de unos pocos escritores de valía. Entre las primeras, se cuentan la editorial Baraja, de San Sebastián, la colección de poesía Gerión, de Bilbao; la minúscula editorial Libropueblo, de Algorta (Vizcaya), sostenida por el novelista Ramiro Pinilla; y, aun siendo exterior a la Comunidad Autónoma, pero abasteciéndose en buena medida de autores de aquélla, la editorial Pamiela, de Pamplona. El peso de cada una de ellas es muy desigual. Gerión es una colección local, bilbaína, si bien exenta de espíritu localista. El área de difusión de Libropueblo y Baroja no rebasa los límites del País Vasco. La colección de poesía de Pamiela ha adquirido un prestigio que le ha permitido situarse entre las más solicitadas en las librerías españolas. Pero el tipo de planificación de Pamiela, que incluye entre su nómina de autores a Jesús Perrero, Alvaro Mutis y Eugenio de Andrade, lleva consigo unos riesgos que difícilmente pueden ser asumidos por las demás.

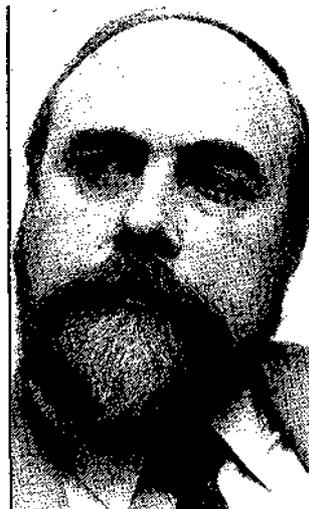
En realidad, las cuatro han hecho lo imposible por dotar de cohesión a un sector literario raquífico, desmoralizado y abrumado por oscuros complejos de culpabilidad. Acaso sin ser demasiado consciente de ello, el escritor vasco en español ha interiorizado el estigma de «idioma opresor» que los nacionalistas han lanzado sobre su lengua. Es obvio, por otra parte, que a los escritores nacionalistas que se valen del español —a los novelistas Elías Amézaga y Juan María Aresti, por ejemplo— este peccadillo no se les toma en cuenta. Y es que el problema, en el fondo, no es de índole lingüística, sino ideológico, en el peor sentido. No reside tanto en una dialéctica de lenguas o literaturas como en la hegemonía social de una concepción restrictiva y excluyente de la vasquidad. La tediosa, interminable polémica en torno a quién es y quién no es «escritor vasco» ha absorbido las energías de muchos escritores que habrían podido emplearlas en mejor causa si la cuestión se hubiese planteado desde el principio en sus verdaderos términos; es decir, quiénes son o no son escritores nacionalistas.

**UNA PARTE
DÉLA
LITERATURA
ESPAÑOLA**

Porque, desde el punto de vista de la teoría literaria, el asunto no presenta complicación alguna. La literatura vasca de expresión española es una parte de la literatura española, y ésta, a su vez, un subconjunto de lo que llamamos «literaturas hispánicas», categoría que no engloba sólo a las escritas en español, sino también a las escritas en portugués, gallego y catalán. La literatura vasca en euskera o *literatura euskérica* no es ni ha sido nunca una literatura nacional, pues jamás el País Vasco ha llegado a constituir una totalidad política independiente o unida, pero tampoco forma parte de las literaturas hispánicas, si entendemos éstas como las escritas en las lenguas neolatinas originadas en la península ibérica. A lo largo de la historia, en el País Vasco se ha escrito en latín, en castellano, en gascón, en francés, en euskera e incluso en árabe y hebreo. La concepción nacionalista de la literatura es empobrecedora y suicida, no únicamente por su rechazo de los valores universales de toda obra literaria auténtica, sino porque además priva al

pueblo vasco de una herencia propia y riquísima, que incluye al poeta hebreo Yehudá-Ha-Leví, al cronista castellano Pedro López de Ayala, al español Unamuno y al francés Roland Baiihes, nacidos todos dentro de los límites geográficos del País Vasco, aunque sus lealtades lingüísticas y nacionales fuesen bien distintas. Durante la transición a la democracia, lo que se ha enfrentado aquí es una tendencia regresiva, tendencia al ensimismamiento y a la estupidez, y una tendencia a la apertura y al diálogo de culturas por encima de determinaciones étnicas y lingüísticas y de sobredeterminaciones ideológicas. Sin duda, esta última ha llevado la peor parte, pero se engañaría quien pensase que una y otra coinciden con la literatura euskérica y la literatura española, respectivamente. En la primera militan muchos autores de expresión española. La segunda está representada por un exiguo puñado de escritores de ambas lenguas. Son los pocos que han llegado a entender que la verdadera patria del escritor no está en los idiomas sino en el lenguaje, y que han permanecido dignamente al margen de las trifurcas domésticas sobre la lengua que *debería* ser utilizada. La obra de estos es lo único reseñable de una década más bien desoladora.

Empecemos por los escritores en español: en primer lugar, destacan dos veteranos novelistas, tan veteranos que llegaron a tiempo de apuntarse en sus comienzos al realismo social. Rañiuro Pini-lla, ganador del Nadal en 1961 con *Las ciegas hormigas*, ha ido publicando en su propia editorial un ciclo de relatos, entre el romance épico y la novela, donde construye un universo mítico que incorpora muchos rasgos de su paisaje natal, la costa vizcaína. Un universo que no es obra de converso, sino reverso de la mitificación nacionalista. La saga de los Baskardo, iniciada en 1975 con *Recuerda, oh, recuerda*, concluye con la antiepopéya monumental *Verdes valles, colinas rojas*, de la que sólo la primera parte (1987) se ha publicado hasta ahora. Los problemas de difusión a que antes he aludido, agravados en el caso de una editorial que tiene a gala haberse instalado en una desafiante marginalidad, han impedido que la obra de Pinilla, una de las más interesantes de la actual narrativa vasca, haya tenido la recepción que se merece. A través del teatro, del relato breve e incluso del *comic*, Pinilla y otros autores vinculados a su editorial han llevado a cabo una mordaz desestructuración de la mitología *abertzale*. También en clave irónica, los ensayos de Rafael Castellano, castellano afincado en Guipúzcoa, abordan las claves de una tradición inventada ayer mismo. Poco o nada tiene que ver esta corriente, más o menos directamente emparentada con el realismo mágico, con la trayectoria seguida por Raúl Guerra Garrido desde 1977, año de la publicación de *Lectura insólita de El Capital*, premio Nadal en esa fecha. La novela en cuestión incide en el fenómeno del terrorismo etarra, como Jo hará el también donostiarra Ángel García Ronda en 1979, con *La levadura*. Pero la obra posterior de Guerra Garrido se aleja del mundo vasco hacia una constelación de temas y ambientes muy diversos, un amplísimo panorama de mundos y situaciones que van desde los inalcanzables Estados Unidos i de *Escrito en un dólar* (1982) hasta el más familiar de su última novela, *El mar es mala mujer* (1987), pasando por el Bierzo de *El año del*



Raúl Guerra Garrido.

Wolfram (1984). El resto de la producción de Guerra Garrido durante los diez últimos años —*Pluma de pavo real, tambor de piel de perro* (1977), *Coopenhague no existe* (1979), *La costumbre de morir* (1981)— lo acredita como el autor más prolífico de la década y como el único novelista de oficio con que cuenta hoy el País Vasco.

Porque, efectivamente, la labor de los otros novelistas ha sido más ocasional y discontinua. No abundan entre ellos los jóvenes: *El zumbido* (1985), del bilbaíno Iñaki Ezquerro, es la única novela publicada hasta la fecha por un autor vasco nacido después de 1950 en una editorial de ámbito nacional. A menos, claro está, que se amplíe el marco de la joven literatura vasca hasta incluir en ella a escritores como la madrileña Paloma Díaz-Mas, residente en Vitoria por su condición de profesora de la universidad vasca, y autora de tres libros imprescindibles de cualquier inventario serio de la nueva narrativa: *El rapto del Santo Grial* (1984), *En busca de Artorius* (1985), y *Nuestro milenio* (1987). O al filósofo Fernando Savater, donostiarra de nación, que ha hecho sus incursiones en el terreno de la novelística, pero que ni es tan joven como los anteriores, ni encasillable en géneros o ámbitos que inevitablemente le vendrán siempre estrechos.

NOMINA IMPERCEPTIBLE DE POETAS

La nómina no es más abultada en lo que a poesía se refiere. La promoción institucional de poetas en español roza lo imperceptible o lo ridículo. Parece que ediciones como la del poemario *Del corazón y de otras ruinas* (1986), de Pablo González de Langarica, o la de *Sobre las costumbres del Gran Kan y otros apuntes* (1987), de Jon Iñaki Lasa, bajo los auspicios del Gobierno Vasco y del Ayuntamiento de Guernica, respectivamente, se hayan hecho casi a regañadientes. Los premios literarios de Cajas de Ahorros y entidades culturales, más o menos sustanciosos, no se traducen en apoyos efectivos a la publicación y difusión de las obras de sus galardonados (al contrario de lo que ocurre con los premios concedidos a obras en euskera). La única excepción destacable la constituye el premio «Blas de Otero», de la Sociedad Cultural «El Sitio», de Bilbao, que ha patrocinado la publicación en una colección prestigiosa de *Dermatológicas/ y / otros poemas* (1986), del excelente poeta vizcaíno José Antonio Blanco. En general, la poesía vasca no es un valor en alza. A la ausencia de figuras consagradas —si exceptuamos a Gabriel Celaya— y a la desorientación y bajísima calidad de una legión de versificadores que se autopublican como pueden y donde pueden, se suma la dificultad de acceder a las colecciones y revistas con fuerte implantación en el resto de España. Salvo el caso aislado de los tres premios Adonais que ha producido el país (Javier de Bengoechea, Jorge González Aranguren y Amalia Iglesias) ningún poeta ha conseguido ver publicadas sus obras en editoriales de Madrid o Barcelona. La edición de antologías y muestrarios urgentes de poesía vasca ha resultado un rotundo fracaso, a pesar de que entre 1974 y 1987 han aparecido no menos de seis, y de que la racha continúa. Quizá el índice más claro de la atonía de la literatura vasca en español se encuentre en la azarosa vida de sus revistas literarias. Intermitentes todas ellas,

sólo una, la bilbaína *Zurgai*, ha alcanzado una periodicidad que linda con lo regular. Otras, como *Kantil*, de San Sebastián, y *Lux daemoniorum*, de Vitoria, se han extinguido definitivamente. Además de la mencionada en primer término, únicamente subsiste la recientísima *Literatura*, publicada por la editorial Baroja, y dirigida por Raúl Guerra Garrido. La debilidad del sector literario de expresión española en la Comunidad Autónoma Vasca contrasta con el auge que ha experimentado en los últimos años la literatura navarra. Sólo en Pamplona se publican tres revistas literarias (*Arga*, *Pamiela* y *Pasajes*) de calidad más que aceptable. Novelistas como Pablo Antoñana, Javier Mina ¡y Miguel Sánchez-Ostiz, y poetas como este último, José Antonio Vitoria, Ramón Irigoyen o Luis Fernando Chivite, han conseguido ver editadas sus obras sin demasiadas dificultades.

Aparentemente, la situación de la literatura en euskera es mucho más saludable. Al menos, eso es lo que se desprendería de una ojeada superficial. No es así, en realidad. Es cierto que se publica hoy en euskera más que en cualquier otra época y que, como se ha puesto de relieve con cierto triunfalismo, la producción editorial de 1987 ha duplicado la del libro en gallego durante el mismo año. Pero la mayoría de las obras publicadas son deleznable. Ninguna editorial vasca se ha tomado la molestia de contratar un lector de originales. No existe crítica digna de tal nombre: es más, en los contados casos en que alguien se ha atrevido a poner en cuestión los valores de tal o cual autor, han llovido sobre él las descalificaciones y los anatemas más corrosivos, generalmente políticos. Dudar públicamente de la excelencia de una novela o de un libro de poemas en euskera, constituye en muchos casos un delito de lesa patria, sobre todo si el autor ostenta públicamente su condición de militante *abertzale*.

El presente año se ha caracterizado por una sucesión ininterrumpida de agrias polémicas entre escritores y aspirantes a críticos, o, simplemente, entre escritores más o menos críticos. Los representantes vascos han dado el espectáculo en todos los congresos nacionales, internacionales o internacionalitarios a los que han asistido. Sin embargo, esto significa que algo está cambiando, porque lo cierto es que tal cosa habría sido imposible hace tan sólo un año. A riesgo de simplificar, las disensiones actuales parecen oponer a los partidarios del «compromiso», en una curiosa versión sartriano-estalinista-etarra, y a quienes pretenden una total autonomía de la creación literaria. Paradójicamente, son los primeros quienes, por vía directa o indirecta, se han beneficiado en mayor grado de las ayudas oficiales. Sin editoriales independientes y sin mecenazgo privado, la literatura euskérica en su conjunto es hoy una literatura cooptada desde la administración, y ésta ha cedido por sistema a las exigencias de los escritores organizados en sindicatos o corporaciones. La situación ha llegado a hacerse intolerable para los autores que van por libre. Sería interminable una enumeración de las denuncias y ataques que se lanzan contra éstos. No es exagerado afirmar que durante estos diez años el escritor en euskera ha vivido bajo una suerte de *zdanovismo* ideológico y lingüístico, que sólo ahora comienza a resquebrajarse. :

**ALGO ESTA
CAMBIANDO**

Muy pocos son los escritores que han dejado tras sí una obra dotada de alguna consistencia. Entre ellos destaca, incuestionablemente, el guipuzcoano Bernardo Atxaga, con su poemario *Etiopia* (1978) y su: novela *Bi anal* (1985), amén de varias narraciones aparecidas en revistas y obras colectivas. Junto a él, hay que mencionar a narradores como Andu Lertxundi, con *Aise eman zenidan eskua* (1982); Arantza Urretavizcaya, autora de relatos como *Zergatik, Panpox* (1983) y *Saturno* (1987); y Mario Onaindia, con *Grande Placen aurkituko gara* (1983) —recientemente llevada al teatro— y *Olagarroa* (1987). Compañero de ruta de Atxaga durante sus primeras singladuras literarias en la revista *Pott* de Bilbao, el tolosano José María Iturralde se revela como el narrador más versátil | y completo de la literatura en lengua vasca, en sus tres libros publicados hasta ahora: *Dudular* (1983), *Nafarroko Artizarra* (1984) y *Picnic zuen arbasoekin* (1985). Es interesante, asimismo, por otros conceptos, la obra narrativa de autores como Joseba Sarrionandia, Joxeaustin Arrieta, Pako Aristi y Eukene Martín. Del resto, no merece la pena ocuparse.

FALTA DE IDEAS EN POESÍA

En poesía se percibe una falta de ideas y un desconcierto semejante al señalado en la mayoría de los autores vascos en español. Si entre éstos han proliferado los epígonos de Blas de Otero, entre los poetas euskéricos se ha producido algo similar respecto al bilbaíno Gabriel Aresti (1933-1975), símbolo de la resistencia cultural al franquismo, convertido por una nueva muchedumbre de seguidores en símbolo de la resistencia a la cultura en general. De la poesía de los *seniors*, sólo presentan un sello personal las obras de Victoriano Gandiaga y Juan María Lekuona. Los más jóvenes, que han llegado a conocer de modo superficial y disperso algunas de las corrientes más importantes de la lírica de nuestro tiempo, adolecen de un mimetismo excesivo. Entre el *bersolarismo* folcklorizante y la vanguardia alucinada, los poetas en euskera se mueven sin riesgo sobre un cómodo eclecticismo, que resulta irritante para quienes, como sus congéneres en lengua española, no tienen las mismas posibilidades de darse a conocer. Un pequeño conjunto de poetas de las últimas generaciones se salva, sin embargo, del naufragio general. Además de los mentados Atxaga y Sarrionandia, cabe referirse aquí a Luigi Anselmi, Teresita Irastorza, Felipe Juaristi, Patri Urkizu y Patxi Perurena.

No obstante es preciso advertir que literatura euskérica y literatura española son entidades inconmensurables entre sí. Aquélla constituye un sistema «fluido», dependiente de la española. El filólogo Luis Michelena llegó a intuirlo así cuando afirmó que, en el País Vasco, la literatura en vascuence y la literatura en romance son inseparables. Pero eso es solamente una verdad a medias. Lo cierto es que, para la literatura euskérica, su relación con la española es todavía una condición necesaria de la propia existencia. No haberlo entendido así, y haber utilizado la literatura en euskera como un arma arrojadiza contra la literatura en español, ha producido en aquélla daños que son difícilmente reparables.

MANIPULACIÓN INEVITABLE

La manipulación de la literatura es inevitable en un contexto en que el nacionalismo ha hecho del euskera un factor diferencial

básico del «hecho vasco», contraponible a España y «lo español», incluyendo bajo este último epígrafe el idioma de la mayoría de los ciudadanos vascos. Porque no se debe ignorar que entre un hablante del euskera vizcaíno y uno del euskera de la región más oriental del país vasco-francés, la comunicación en sus respectivos dialectos es prácticamente imposible. La fragmentación de la lengua vasca es tan extrema, que la unidad lingüística de sus diferentes variedades sólo resulta perceptible para un filólogo avezado. Lo que el nacionalismo postula como lengua nacional, el vascuence unificado o *euskara batua* es, en realidad, una variedad artificial con apenas veinte años de existencia y muy débilmente implantada en la población vascoparlante. En tal situación, la literatura euskérica se ha convertido en el espacio utópico de la lengua, en la única prueba de la existencia del euskera normalizado. En cierto sentido, la literatura ha llegado a ser un símbolo subrogado de la nación en el sistema ideológico nacionalista. De ahí que, hace unos años, el ayuntamiento de Lejona (Vizcaya), localidad en que se encuentra el campus central de la Universidad del País Vasco, sustituyese en su callejero el nombre de Cervantes por el del poeta euskérico Nicolás Ormaetxea, «Orixe». Es de suponer que el alcalde nacionalista no había leído a uno ni a otro. Para el caso, daba lo mismo. La función que el nacionalismo atribuye a la literatura es puramente heráldica, y las literaturas/blasón no necesitan tener lectores. Habría sido escandaloso e incomprensible para el alcalde de Lejona saber que «Orixe» se enorgullecía de haber traducido al vasco la *Vida del Lazarillo de Tormes* y que, por las mismas fechas que el municipio vizcaíno borraba de su mapa a Cervantes, el novelista Bernardo Atxaga escribía que sin el Quijote detrás no se habría escrito ninguna novela euskérica.